

Tu imagen salir de aquí.

¿Por qué, mi Lola al volver,

Amándote como nunca,

Tu fría indiferencia trunca

De nuestro amor todo el ser.

¿Qué, ya no mereceré

Ni que me escuches?

Lola. (queriendo deshacerse de los dos que la detienen.) ¡Por Dios!

Dejadme salir los dos

Porque yo nada diré.

Ric. No sé qué pasa por mí. . . .

¿Por qué esa cruel resistencia?

Lola. Pregúntale á tu conciencia,

¡Dolores no es para tí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

LOS GUARDIAS NACIONALES.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO Y PLATON.

Ric. ¿La viste?

Pla.

Señor la vi,

Y apenas comencé á hablar

Airada impuso silencio,

Y no pude continuar.

Ric. ¡Oh cruel desesperacion!

¿No querirme ni escuchar!

¡Huir como de un leproso!

Pla. Yo señor hice lo mas:

Pero nada.

Ric. ¿Qué me resta?

Ni la mas leve señal. . . .

¡Y no comprender la causa

De ese su desden mortal!
¡Cómo me mata la duda!
Ese ser angelical
Tan dulce, tan apacible
Mi existencia envenenar.

Pla. ¿Me retiro?

Ric. Sí, Platon.

Y ya no vuelvas jamas
A hacer que mi odiado nombre
Vaya en su oído á sonar.
Que yo voy personalmente
Ultimo un medio á tentar
Para que puedan mis ojos
Tal misterio penetrar.
De hablarle aun ocasion
Voy con empeño á buscar:
Y tendrá, Platon, que oirme
Y que hablarme á su pesar.
Y si al levantar el velo
De esa triste realidad
Hallo desesperacion. . . .
Tomado el partido está.

Pla. ¿Qué intenta Usted?

Ric. Nada, nada.

Pla. Usted no debe olvidar
Que tiene un padre. . . .

Ric. Mira, hombre,
Vete, no me hagas hablar.
Pla. Sí, ya no soy importuno
Discúlpeme mi lealtad. . . .
Ric. Vas disculpado, sí, vete,
Que quiero á solas estar (Váse *Pla.*)

ESCENA II.

RICARDO.

¡Pobre corazon mio! quien te digera
Que lleno de esperanzas al volver
Soñando en la que un ángel para tí era
La vinieras á hallar, que fué muger,
Que fué muger á quien importa poco
De amor una existencia destrozad
Y reirse iusensible de aquel loco
Que á sus piés viera que se fué á arrastrar.
Que fué muger de las que ven con calma
Disecarse á su aliento un corazon,
Abrasarse en sus ojos una alma
Y una vida de amor en la inaccion.
Y una lágrima sola nunca tienen
Para aquel ser siquiera de piedad:
Que con esos tormentos se entretienen
Y hallan en ellos vil felicidad.

ESCENA III

RICARDO Y EULALIA.

Eul. ¡Ricardo!

Ric. ¡Ah! ¡Hermana mía!

Eul. Si no te soy importuna...

Ric. No: bendigo la fortuna
Que tu consuelo me envía.

Eul. ¿Tanto padeces?

Ric. Y tanto,
Que á no ser hombre llorara
Porque no me avergonzara
Esté comprimido llanto.

Eul. Y todo por el amor
De una insensible muger:
¿Y sin tratar de vencer
Sucumbe así tu valor?

Ric. Hermana, no has comprendido
Que no lloro su desden;
Sino que lloro el Eden
De mis ensueños perdido.
No puedes comprender, no,
Lo que es Lola para mí,
No es su amor el que perdí

La existencia me arrancó.
En esa vida precita
A donde me ví lanzado,
Solo en Lola me he fijado
Y ya no la ví maldita.
Y hoy, que con aliento y brio
Quise del fango elevarme,
Y ante mi padre mostrarme
Con todo el aliento mio.
En sus ojos al buscar
Para mi empresa valor
Los ví Eulalia, con horror
El desprecio retratar.
Eul. Pues Ricardo, ¿á qué venias?
Ric. ¡Oh! ya inútil todo es,
Que sigan mis plantas pues,
Por esas malditas vías.
Que si yo á Lola perdí,
Ya nada quiero en la vida,
Hermana, hermana querida
Olvidense ya de mí.
Voy al momento á partir,
Dile, Eulalia, á esa muger
Que yo tambien mi deber
Sabré con ella cumplir.
Que el hombre que su existencia

Le consagró, y pensamiento,
Va á evitarle hasta el tormento
Que sufre con su presencia.

ESCENA IV.

Dichos y ESTEVAN.

Est. ¡Eulalia!

Ric. ¿Pero quién es?

¡Oh gozo! ¡Estévan mi hermano!
(Queriendo abrazarlo, Estevan
vita.)

Est. ¡Ah Ricardo! ¿pero cómo
Hasta este sitio has llegado?

Ric. Al fin te vuelvo yo á ver. . . .
¡Cuánto tu vista he anhelado!

Est. Por cierto que verte aquí,
Y en este dia, yo lo extraño.

Ric. ¡Ah! tú tambien, tú tambien,
Estévan, me has repulsado.

¿Qué es lo que me pasa aquí?
¿Por qué ese desden amargo
Con que todos me reciben?

Est. No, te equivocas Ricardo,
Pues que no se te recibe

Con desden como has soñado,
Solo sí con estrañesa,
Que en Puebla no te aguardábamos.
Nadie pudiera preveer
Que tú aquí hubieras llegado,
Cuando por suerte otro puesto
Hoy te estaba reservado.
Cuando tú siguiendo ciego
De tu opinion el mandato
Debias en lugar distinto
Y en muy diferente bando;
Y nunca aquí entre nosotros
Que aunque sin tí, bien estamos.
Ric. Estévan, Estévan, ¡Cielos!
¡Oh! ¡cállate temerario!
No hagas pierda el poco juicio
Que en mi cabeza yo guardo.
¿Qué ha pasado en mi redor
Que de comprender no acabo?
¿Por qué el infame agujon
Del insulto estoy probando?
¡Estévan! ¡basta por Dios!
Y una esplicacion aguardo. . . .
¡Pronto! ¡pronto! que ya siento
La cólera irme cegando.
Est. ¡Hermano por compasion! . . .

Quando estes mas sosegado. . . .
Ric. No, ahora quiero que este hombre
Hable, ó la lengua le arranco!
Est. Vamos. Ricardo, ¿en tan poco
Pones ahora reparo,
Quando de cosas mayores
Nunca te has avergonzado?
Ric. ¡Oh! ¿qué dices? ¿otro insulto!
Y yo cobarde lo aguanto.
¿Y no al que así me lo arroja
A la cara, trizas hago?
Si hasta hoy fraternal cariño,
Estévan, te he profesado;
Quiero hoy tu sangre beber
Que será poca á mi agravio.
Eul. Ricardo, ¡piedad, piedad!
Advierte que yo le amo.
Ric. Que muera nuestro cariño
En nuestra sangre empapado.
¿Qué no ves esa sonrisa
De desprecio soberano,
Y en ese mismo silencio
No ves su desden amargo?
¡Oh! si no me hablas Estévan,
Te haré hablar, mal de tu agrado.
Est. Poco á poco amigo mio,

Que si yo insultos aguanto:
Es por que hay ocasiones
En que se ensucia la mano.
Ric. ¡¡Oh!!
Eul. ¡Por compasion, Estévan!
Atiende á que es mi hermano.
Ric. ¡Ah! ya comprendo evasivas
Que el cobarde se halla al paso.
Eul. ¡Yo! ¡yo cobarde! Esto mas
Compréndelo ya insensato,
Es solo que te desprecio,
Por lo que hoy no te mato. (*Vase.*)

ESCENA V.

RICARDO Y EULALIA.

Ric. ¡Oh! que me desprecia, sí. . . .
Y yo, Eulalia, lo he escuchado,
Y no he pulverizado
Al que me ha ofendido así.
Hermana mia, por piedad,
Descorra el velo tu mano.
¿Por qué sobre de tu hermano
Pesa tal fatalidad?
¿Qué sello maldito ven

Impreso en mi frente todos?
 ¿Por qué con diversos modos
 Me abruman con tal desden?
Eul. Hermano, nada comprendo,
 Quizá mi padre, Ricardo. . . .
Ric. ¡Ay! con temor ahora aguardo
 El que me siga insistiendo. . . .
 No sé ni qué responder
 Cuando me pregunte airado
 ¿El por qué he abandonado
 Lo que juré defender?
 Y él, ¿para quién es su vida
 La causa que santa dice?
 ¡Oh! sin duda que maldice
 Al que la vé maldecida.

ESCENA VI.

Dichos, y D. GUILLERMO.

Gui. Hijos, se acerca el momento,
 La ciudad en conmocion
 Se ha puesto, porque avisaron
 Que el francés ya se movió.
 ¡Oh! ¡qué bulla hay por doquiera!
 Y por momentos creo yo,
 Que el susodicho gobierno,

Busca en huir su salvacion.
 ¡Ricardo, somos felices!
 Márchate, marcha veloz,
 Que te vea entrar impávido
 En las filas del honor.
Ric. Padre mio, escuche Usted. . . .
 No, ya no tengo valor
 De engañarlo; he abandonado
 Las filas de la reaccion.
Gui. ¿Qué estás diciendo? me engañas.
 ¿Tú abandonar tu opinion?
 ¡Mi buen hijo, mi Ricardo,
 Cubrirse de tal baldon!
Ric. Abrume pues, padre mio
 A su hijo su maldiccion.
 Será mejor que cubrirse
 Con la infamia de traidor.
Gui. ¿Pero qué lenguaje es ese?
 ¿Te has vuelto loco? por Dios
 ¿Le oyes, Eulalia, le oyes?
Ric. No, sana está mi razon.
 Siempre le he dado á Usted gusto:
 Desde que Usted me mandó
 Seguir ese bando siempre,
 En sus filas se me halló,
 Pero hoy, hoy que deberiamos